

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Las brisas de mayo*, por Pedro Blauco.—*Margarita de Servan*, continuacion, por la condesa de Mirabeau.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Modas*, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Explicacion del pliego de dibujos*.—*LÁMINA*.—*Un pliego de dibujos*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

X.

MADAME HONORIA Á MÉLIDA.

Madrid, julio de 18...

Su carta de V., mi querida niña, me ha llenado de zozobra: admiro, pero me entristece la candidez con que V. me pregunta, despues de hablarme de Juan Bautista:

—¿Qué querrá decir esto?

Eso, querida Mélida, quiere decir que ese labriego se ha enamorado de V., y que el haber inspirado ese poco lisongero amor puede ser para V. una desgracia.

Sí, hija mia, porque una desgracia es el inspirar un amor, del que no se participa, y al que no se puede dar ninguna esperanza: soy de un país en que el coquetismo nace con la mujer, con ella muere, y produce terribles estragos: soy hija de París, educada en él, y en él casada, y sin embargo, no soy coqueta, ni lo he sido jamás: el coquetismo me parece una arma mortal, y la coqueta tan culpable como el ladrón doméstico, porque hiere impune y á traicion como aquel: el uno, abusando de la confianza de sus dueños, les roba su dinero y sus alhajas: la otra, abusando de los mas sagrados

AÑO I. —NÚM. 21.

sentimientos y de la buena fé, roba á cuantos puede la tranquilidad y la alegría.

No crea V., amada Mélida, por lo que acabo de decirle, que la creo coqueta, no; solo las mujeres de muy escaso valer pueden serlo, y usted, hija mia, vale mucho: no, jamás en ese corazon tierno y sensible, en esa alma elevada y piadosa podrá caber el engaño y la doblez; jamás ese carácter dulce y magnánimo descenderá al engaño y á la bajeza: yo lo sé; pero, hija mia, ¿no es fácil que, sin saberlo, haga V. mucho daño, supuesta la existencia de un amor como el de Juan Bautista?

¿No es probable que ese jóven brusco, dominante, pues tan pronto se ha enojado con Valentina, duro y grosero, la hostigue á V. con sus pretensiones? Y en el caso de que un esterior bello intercediese en su favor para con usted, en el caso de que V. se interesase por su pasion espresada de un modo rústico, pero veraz y ardoroso, ¿qué le ofrecería el porvenir? ¿qué esperanzas podria V. abrigar?

Nunca, nunca la bella, distinguida y delicada condesa de Campoverde podrá creer en la existencia de ese amor, ni concederá que su hija pueda ni mirar á ese Juan Bautista!

Pero basta ya de un asunto, que debe ser enojoso para V., querida Mélida, y que lo es tambien para mí: yo le daré un consejo, uno solo, pero que me parece el mas acertado para su actual situacion: cuando el hijo del alcaide le haga alguna demostracion de amor, dé V. toda la severidad posible á su cara de ángel, y dígame que no la vuelva á mirar.

Ahora hablemos de otro asunto: Clara me escribe de un modo, que me hace creer asegurada para siempre su dicha, y la dicha suavizará su carácter displicente y á veces iracundo: es un alma débil encerrada bajo una figura alta y una fisonomía impasible: la desgracia, lejos de doblegarla, la haría casi feroz: la dicha la volverá dulce y cariñosa.

Me habla de su proyectada boda: segun se 8 DE JUNIO DE 1864.

vé, estaba determinado su casamiento con César de Montemar, desde que ambos eran niños. La mariscala habia destinado á su primogénito para la hija mayor de su amiga: la condesa pedía á Dios que este proyecto llegase á realizarse: y ¡cosa rara! estos jóvenes, que habian dejado de verse casi en mantillas, se han hallado en el gran teatro de la vida, y se aman! Pocas veces es tan complaciente el destino.

César, segun Clara me dice, vuelve ahora de sus viajes: al llegar á Barcelona, fué á casa de su tia la señora de G..., y allí halló á Clara, sobrina tambien del esposo de aquella: la Providencia parece haber determinado este encuentro: se han visto y se han amado, lo que es tambien muy natural. Clara me habla de César con entusiasmo: está loca de contenta: ha recibido carta de la mariscala en la que la llama hija suya: el casamiento se ha fijado para dentro de tres meses, y quiere que este tiempo lo pasen á su lado Clara y su madre.

Pronto, pues, hija mia, será V. dichosa, teniendo á su lado, en esa apacible vida del campo, á su mamá y á su hermana: quisiera ver por un agujerito de la pared el plácido semblante de V., un dia despues de la llegada de ambas, ¡qué sonrosado estará, y qué alegre! y qué feliz seria yo al abrazarla! creo que abandonaré V. la casa humilde de esa honrada familia, para habitar, en compañía de su mamá de V. y de su hermana, la quinta de la mariscala, y que allí se formará una colonia de personas felices: esto es en parte ventajoso para ese pobre muchacho, que viéndola á V. tan alta, quedará deslumbrado: creo que ha sido demasiado grande la condescendencia de su buena madre en dejarla descender así, para consolar y curar las sinrazones de Valentina.

Y esta ¿cómo siguió de su melancolía? á juzgar por la última carta suya que he recibido, sufre cada dia mas, y por mi parte he llegado á temer que sea víctima de ese desaliento que la domina: ¡ah! ¡qué triste verdad es que de nada sirven las mas bellas cualidades cuando el orgullo domina en el alma! cuántos elementos residen en esa desgraciada niña, no solo para ser ella feliz, sino tambien para hacer la dicha de todos los que la rodean! ¡qué admirable belleza la suya! ¡qué gracia! ¡qué elegancia tan natural y verdadera! y todo esto inútil, perdido, cuando tanto podia encantar á los demas!

Nuestro mas grande enemigo, querida Mélida, es el amor propio, que nos lleva á menospreciar todas las ventajas que resaltan en nosotros, y á desear las que poseen los demas, ó las que pensamos que les adornan; ¡como si Dios, todo bondad, amor y sabiduría, no hubiera dado á cada uno aquello de que mas necesita! la soberbia ciega nuestra razon, y nos ha-

ce ver nuestra suerte con ese amargo desaliento con que se soporta todo lo que es injusto. ¡Cuánto hubiera brillado Valentina en su clase, si no anhelase, si no se creyese con derecho á otra mas elevada! pero así, es la mas desgraciada de todas las criaturas, y es lo mas doloroso que solo un milagro puede aliviar su fatal enfermedad, dando á su alma enferma la paz que ha perdido.

No hay nada que haga tantos dichosos como la modestia: creyendo nuestros méritos escasos, nos parece siempre demasiado lo que poseemos, y estamos contentos con nuestra suerte.

Buen ejemplo de esta verdad es la pobre Petrita que cada dia dá mil gracias al cielo *por haberle proporcionado la dicha de conocerme*: estas son sus palabras; la pobrecita se cree un monstruo de fealdad, y estima, como un beneficio, la compasion á que tiene derecho su desgracia; agradece el pan preciso para su alimento, el vestido que la liberta del calor, la flor que recrea sus ojos, el asiduo trabajo á que se la obliga; todo, hasta sus penalidades agradece como un inmenso favor: cree que es en ella un deber el estar alegre, risueña, y no hay nada que altere su paciencia y buen humor.

¿No es una felicidad para esta criatura el tener una alma tan sensible, un corazon tan agradecido? nadie puede ser dichoso haciendo desgraciados á los que viven en derredor suyo, y la alegría y la paz son comunicativas: su madre, viviendo con el pan de la limosna, es la mas dichosa de las mujeres.

El número de pensionistas ha aumentado de una manera considerable: el trabajo, los cuidados se han duplicado para mí; pero no importa: sabiendo distribuir bien el tiempo, dá mucho de sí; esto, mi querida niña, V. lo sabe mejor que nadie, V. que hallaba medio para tener aseado y elegante su equipaje, para dar sus lecciones, para estudiar con asiduidad, y hasta para trabajar para los pobres: bien sabe usted cuantas veces hemos compadecido las dos á los ociosos, y á los que se dejan dominar por la pereza.

Querida Mélida, no terminaré esta sin encargar á V. la mayor circunspeccion respecto al hijo del alcalde: las pasiones de esos labriegos tienen algo de feroz; crea V. á mi corazon y eche en esa hoguera el hielo de su indiferencia.

HONORIA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LAS BRISAS DE MAYO.

Bordando el valle de flores,
llenando de dicha el alma,
cual mensageras de calma
vienen murmurando amores.

Vienen con callado vuelo,
al son de armonioso coro,
seltas las trenzas de oro
cual blancas hijas del cielo.

Espíritus pobres
que el tedio ha doblado,
¿sabeis lo que dicen
las brisas de mayo?

Abrid vuestros carazones
al perfume de las rosas,
y vereis tornar hermosas
las perdidas ilusiones.

Que en vuestra agostada mente
caiga el matinal rocío,
y las huellas del hastío
no surcarán vuestra frente.

Y en dulces memorias
de nuevo arrobados,
sabreis lo que valen
las brisas de mayo.

¡Vedlas! ora en los cristales
del manso lago se mecen,
ya raudas desaparecen
en giros mil desiguales.

Suspiran en las cañadas,
se duermen en los jazmines,
vuelan con los colorines,
gimen en las enramadas.

Almas sin amores,
dad tregua al quebranto...
por vosotras vienen
las brisas de mayo.

En sus alas de colores
el genio del bien se agita,
y dá, con mano bendita,
paz al mundo, al campo flores.

Del Dios de amor blando aliento,
que inmenso poder alcanza,
son el eco de esperanza
que oye siempre el pensamiento.

Por eso aunque yazca
en torpe letargo,
al alma despiertan
las brisas de mayo.

PEDRO BLANCO.

Mayo, 1864.

MARGARITA DE SERVÁN,

POR

la condesa de Mirabeau.

(Continuacion).

III.

Margarita pasó el invierno en el pobre presbiterio, siendo, sin ser ella alegre, la alegría de la casa.

Tenia el anciano sacerdote una hermana, buena y sencilla mujer, que se aficionó á la joven y la inició en su vida de trabajo, de economía doméstica y de tierna devoción. Margarita cuidaba á los enfermos, instruía á los niños, y las horas pasaban para ella tan rápidamente, como para los que viven en medio de los placeres tumultuosos de la sociedad, que ella desconocía por completo. Muchas veces lloraba á su madre: pero aceptaba su destino con valor y sin amargura.

Había reunido en su modesta habitación, algunos recuerdos del castillo de Serván: allí se veía el lecho con pabellones en el que habían dormido sus antecesores: un cofre de roble esculpido, antiguos tapices y ricas colgaduras de seda maltratadas por el tiempo.

Estas eran las reliquias de su pasado, piadosamente conservadas por la huérfana: algunos retratos, suspendidos de las paredes, parecían velar por el último vástago de aquella illustre y antigua casa.

Margarita era encantadora: su traje de lana negra hacía resaltar la blancura transparente de su téz, su cabeza rubia tenía el diáfano matiz de los objetos alumbrados por el reflejo de la luna: grandes pestañas negras sombreaban sus ojos azules, dulces é inteligentes: los rasgos de sus facciones, que tal vez se hubieran podido tachar de irregulares, tenían entre sí una perfecta armonía: no se hubiera querido cambiar nada en aquel adorable rostro sometiendo á las leyes de la belleza: su estatura era graciosa y su paso magestuoso: tenía el don de agradar á todos á primera vista, y el don, mas precioso todavía, de hacerse amar de todos cuantos la trataban.

Educada entre su padre y su madre en el

retiro de Servan, sabia tanto como las jóvenes educadas entre el tumulto de una gran ciudad: sabia perfectamente la música, y muchas veces cantaba contemplando el mar: su voz melodiosa y simpática se mezclaba á la voz mugidora de las olas, y mas de una vez algun paseante rezagado se habia detenido por la tarde bajo las rocas de Servan para escuchar el dulce canto del pájaro solitario.

En el presbiterio no podia cantar: la tristeza invadia allí su pobre corazon, que no tenia á quien amar sobre la tierra mas que á un anciano sacerdote y á una sencilla mujer de la aldea.

Margarita no lloraba por su suerte: lloraba á su padre tan tierno, tan benéfico; á su cariñosa madre, y la casa en que habia nacido; aquella casa que ya tenia otro dueño, y cuya capilla secular encerraba las amadas cenizas de los autores de sus dias.

La primavera condujo á Servan á Mme. y Mlle. de Courtavel, segun aquella habia prometido: suntuosos equipajes, y numerosos criados llenaron el castillo, y el corazon de Margarita se oprimió al pensar que una estraña iba á reinar en la casa en que, en otro tiempo, imperó tan dulce y modestamente su pobre madre.

El domingo que siguió á su llegada, madame de Courtavel fué con su hija á misa mayor, y se dirigió hácia el banco señorial; se acordaba de haberse sentado en aquel banco cuando hizo su primer viaje á Bretaña, y de que todos presentaban entonces el agua bendita á Mr. y Mme. de Servan: este recuerdo la lisongeó mucho y se propuso darse aire de una castellana en medio de sus vasallos: mas en el lugar que ella queria ocupar, como soberana, estaba arrodillada una joven que rezaba con fervor.

Mme. de Courtavel, sin respetar su meditacion, le tocó en el hombro ligeramente, y le dijo:

—Dejadme el sitio, señorita, y colocaos mas allá.

Margarita volvió su bello y dulce rostro, y respondió con modesta firmeza y acento triste:

—Perdonad, señora: este banco no pertenece al castillo; ha sido donado á perpetuidad á mi familia por la fábrica de Serván en la época en que mi abuelo edificó la iglesia: es mio; y aunque yo no le dejaré, podeis si os place, tomar tambien asiento en él.

—¿Quién sois, pues? preguntó Mme. de Courtavel.

—Soy Margarita de Serván, señora, repuso la huérfana que volvió á ponerse á orar sin ocuparse mas de su tia.

Durante los oficios, Mme. de Courtavel no

rezó: una multitud de reflexiones llenaba su cabeza, por lo regular muy vacia: decíase que una buena accion le conquistaria las simpatías de la comarca, y se resolvió á ofrecer un asilo á la huérfana, bajo el techo de Serván: pensaba además que la presencia de Margarita, al lado de su prima, debia hacer resaltar la triunfante hermosura de Lucía.

Concluida la misa, Mme. de Courtavel se dirigió al presbiterio: pidió hablar al señor cura, y le esplicó, en términos largos y difusos, que ella habia creído á su sobrina en pension, y que por este motivo no se habia ocupado de ella; terminando su discurso, con la invitacion de que fuese á habitar el castillo.

Margarita dió gracias á su tia, y despues se arrojó derramando lágrimas en los brazos de su anciano amigo, diciendo que, puesto que le habia sido legada por su madre, no queria separarse de su lado.

En cuanto á Lucía de Courtavel, examinaba, como hubiera examinado un fenómeno, á aquella joven que preferia vivir bajo el modesto techo del presbiterio á ir á partir con ella la suntuosa vida del castillo de Serván.

Mme. de Courtavel se manifestó algun tanto resentida de la negativa de su sobrina; pero al fin se convino que Margarita iria con frecuencia al castillo.

En efecto, dos dias despues, la joven fué á Serván, costándole mucho trabajo reconocer la casa en que habia nacido.

El vasto castillo, casi arruinado, se habia convertido en un palacio de príncipes: espesas alfombras cubrian el frio pavimento de piedra: las esculturas, carcomidas por el tiempo, estaban restauradas, y por todas partes los dorados y las ricas telas deslumbraban la vista.

El servicio de la mesa asombró aun mas á la sencilla huérfana, que no podia comprender que hubiese necesidad de seis lacayos para servir á tres personas: riquísimos adornos y preciosas flores cubrian la mesa: Margarita, que no sabia el arte del disimulo, se preguntó si los parisien-ses comian tambien rosas y camelias.

Pero lo que pasmó mas que todo á la sencilla y noble hija de Bretaña, fueron las maneras de su tia.

Mme. de Courtavel trataba muy mal á sus criados, hablaba siempre alto, y gritaba algunas veces: habia vivido al lado de parientes ignorantes, y no habia recibido ninguna educacion: despues de su matrimonio, habia ensayado el colocarse al nivel de su situacion en el mundo, pero sus esfuerzos no habian obtenido éxito alguno: leia á diestro y siniestro: retenia á medias lo que no comprendia del todo, y dejaba escapar á cada paso frases y citas formidables para el amor propio de su marido, ase-

gurando algunas personas distinguidas, que les trataban, que esta ridícula ignorancia le habia enagenado el corazon de Mr. de Courtavel.

Lucia se apercibió muy pronto de los disparates de su madre, y su dura fisonomía tomó una espresion de desprecio, mas pronunciada todavía que de ordinario.

Entre aquellas dos mujeres, Margarita, asombrada, se asemejaba á una paloma caída de su nido.

Hacia el fin de la comida, Mme. de Courtavel dijo á su sobrina:

—El prefacio del castillo está bien restaurado, ¿no es verdad?

Lucia reprimió una sonrisa, Margarita no comprendió y permaneció silenciosa.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés.)

MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

CAPÍTULO IV.

(Continuacion).

Este pensamiento nubló un instante la frente de Luisa, pero Marta vino á sacarla de sus tristes meditaciones, presentándola á la niña vestida ya de paseo y mas hermosa que antes.

—Vamos, pues, dijo la jóven á la doncella, vamos, Clementina, que ya es hora.

Y las tres se pusieron en marcha, mientras Marta las veía desaparecer desde la puerta de la cabaña, exclamando:

—¡Bendita sea! ¡qué linda va! Su madre la amará mucho; pero yo... ¡Oh! yo la quiero como á mi propia hija.

Y la pobre mujer seguía con sus miradas todas las vueltas del camino por no perder de vista todavía á la tierna niña á quien con tanto amor servía de madre.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, señorita? preguntaba Clementina á Luisa viéndola marchar con paso rápido.

—Hacia el camino del monasterio de Irache: nos detendremos en la alameda del molino, pues es el sitio por donde debe venir Pablo. Además, allí nos conocimos, allí me salvó la vida, y quiero que al volver á su suelo natal, me encuentre en ese sitio cuna de nuestra felicidad.

—Pues vamos, que aun está distante y se va haciendo tarde.

—Es verdad, vamos.

Y acelerando el paso, tomaron á la derecha

de la senda que seguian, y en breve estuvieron sentadas á la orilla de la gran acequia que, partiendo del rio Ega, riega los fértiles valles de aquella modesta ciudad.

CAPÍTULO V.

Era la media tarde, y Julio y Adrian caminaban con lentitud por el camino del monasterio. El cielo se habia cubierto de opacas nubes y el viento soplaba con violencia presagiando la lluvia, esa lluvia inesperada y fria del otoño.

El hijo de D. Alonso, cuyo carácter era débil é impresionable, como dejamos dicho ya, se hallaba tambien triste y sombrío, en completa armonía con la atmósfera, el espacio y todo cuanto le rodeaba.

Adrian procuraba en vano animarle y sacarle de su penosa distraccion, y ambos marchaban silenciosos haciendo crujir las hojas secas que el viento traía bajo sus pies.

Julio se detuvo de pronto y fijando la mirada en su amigo:

—No sé por qué, dijo, pero me repugna dar este paso.

Mendoza le miró con una mezcla de lástima y de ironía, y contestó:

—Si quieres, aun es tiempo; podemos volvernos.

Julio inclinó la cabeza sin responder una palabra.

Si ese hombre se negase..... añadió al fin de una larga pausa.

—Ya te he dicho que nada habríamos perdido. Mas, tú mismo lo confiesas, no tienes otro remedio y tu situacion es cada momento mas crítica.

—Si yo tuviese valor de confesarlo todo á mi padre...

—¿Qué adelantarias? murmuró Adrian que veía en este pensamiento la ruina de todos sus proyectos; ¿qué adelantarias? Yo mismo te hablé de ello esta mañana; mas despues, cuando oí las apreciaciones que hacia el señor de Padilla, cuando ví en ellas reflejarse sus ideas, comprendí que por este lado no te quedaba esperanza alguna y que no debias aguardar ninguna indulgencia de su parte.

—Es cierto, murmuró Julio con desaliento.

—Pero en fin, si tú lo deseas, puedes hacerlo: solo te ruego que me participes tu decision para dejarte y marchar de Estella inmediatamente.

—¿Cómo! ¿quieres abandonarme?

—¡Yo abandonarte! no. Pero por nada del mundo permanecería en tu casa, una vez enterado tu padre de tu situacion y de tus deudas: creeria que yo te habia ayudado á arruinarte, que te habia pervertido aficionándote al juego, que te habia aconsejado mal... ¡qué

sé yo! En fin, te juro que no estoy dispuesto á oír homilias paternales, sermones domésticos... nada, chico, si hablas, me marchó, antes que el señor de Padilla me plante bonitamente en la calle.

—¿A tí? deliras.

—Nada de eso; mucho mas cuando creo que gozo de muy pocas simpatías en tu familia.

—Pues qué, ¿no te tratan desde tu venida con la mayor bondad? ¿tienes acaso alguna queja? ¿dónde?

—¡Oh! tu padre me muestra la mayor deferencia; pero tu hermana...

—Mi hermana es un ángel, Adrian, y te ruego...

—Bien: no hablemos de esto.

Los jóvenes callaron de nuevo, hasta que Julio murmuró, respondiendo á su propio pensamiento:

—Ese señor de Herrera es rico, muy rico, y si accediese á prestarme esa suma...

—Saldrias de todos tus apuros, pagarias esas letras que van, si no, á ser presentadas á tu padre, y quedando todo esto en el mayor silencio, pasabas á los ojos de tu familia por el muchacho mas juicioso del mundo.

—¿Cuánto daría por serlo! ¡Oh, si el arrepentimiento fuese un medio de borrar lo pasado!

—¡Ay, chico! te vas poniendo desconocido; pues qué ¿es tan gran culpa haber jugado un poco, haber perdido y deber algunos miles? ¡bah! ¡bah! no seas tan niño. Otra vez ganaremos y todo está remediado.

—Sí, pero mi padre...

—¡Eh! también el buen señor habrá sido joven, también habrá hecho algunas calaveradas. Mira, desecha todo temor, y siéntate aquí, pues no debemos pasar mas adelante. Este es un sitio solo y retirado y nadie podrá enterarse de nuestra conversacion con el señor Leopoldo. Le esperas un instante y...

—Mas, ¿y tú?

—Yo pronto vengo; voy á ver si hay alguien por estas inmediaciones que me informe de si puede volverse á la ciudad desde el monasterio por otro camino, no sea que nuestro hombre varíe la direccion y perdamos el tiempo en balde.

Mendoza, pues, dejó á su amigo sentado á un lado de la vereda, y volvió á deshacer lo andado para hallar lo que habia dicho.

Entre tanto Luisa con su hija habia llegado al sitio escogido por ella para aguardar á su esposo. Con un pretexto insignificante mandó á la doncella al molino, ordenándola esperarla allí hasta que ella fuese á buscarla. La tierna esposa comprendia que hay sentimientos tan íntimos, alegrías tan puras y grandes, que la vista

de un extraño las profanaria, quitándoles parte de su encanto.

Apenas habia pasado un cuarto de hora desde que se quedara sola con Clara, cuando el galope de un caballo le hizo volver la cabeza y dar un grito de alegría.

Pablo estaba allí, su esposo, el padre de su hija, á quien habia consagrado su primero y único amor.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MODAS.

Las carreras de caballos en el bosque de Boulogne.

PARÍS mayo de 1864.

Figuraos, mis queridas lectoras, una calle larguísima y algo mas ancha que la de Alcalá de esta corte; como aquella, y al lado de las anchurosas aceras, se elevan dos hileras de jóvenes y verdes árboles; detrás de estos y en ambos lados se ostenta una larga fila de deslumbradoras tiendas, que ofrecen á la vista todo lo que el gusto mas delicado, todo lo que la mas refinada elegancia, todo lo que la ilustracion mas esquisita pueden apetecer.

—Pero, me direis ¿qué tiene esto que ver, con las carreras de caballos, que es lo que sirve de epígrafe á este artículo?

Mucho, mis bellas impacientes: porque el día 8 del pasado mayo, esta inmensa calle de que os hablo, y que no es otra que los *boulevards*, esta calle magnífica, guarnecida de joyerías, de almacenes de modas, de suntuosos cafés, entre los que descuella el aristocrático de Tortoni, que tan célebre ha hecho en sus novelas el desgraciado Eugenio Sué; esta calle digo, llena de luz y de sol á la una de la tarde, presentaba el aspecto mas sorprendente y magnífico.

En tanto que por el centro de la calle corrían los elegantes carruajes propios, arrastrados por sus soberbios troncos, luciendo sus blasones y sus engalanados trenes, multitud de personas llenaba las aceras, encaminándose, ya á buscar carruajes de alquiler, ya dirigiéndose valerosamente á pié al sitio de las carreras.

Estas tenían lugar en el bosque de Boulogne y en un terreno preparado al efecto.

¿Habeis leído alguna descripción del bosque de Boulogne?

Yo os la haré en otra ocasion, y vereis que nada podeis imaginar tan maravilloso.

Ahora seguiré la comenzada materia, y os diré que una persona querida, que me acompañaba, y yo, teníamos buscado con tiempo un lindo cochecito abierto, tirado por un caballo vigoroso, jóven y alegre que parecia volar, y guiado por un cochero de aspecto decente como lo son todos los de allí.

Recorrer París en un cochecito abierto en una tarde de primavera, es lo mas agradable que os podeis imaginar: pasear así en el bosque de Boulogne, es delicioso, y pocos]placeres comparables he hallado yo en la vida.

Los innumerables carruajes, y entre estos el nuestro, recorrieron los *boulevards*, la calle Real, la grandiosa plaza de la Concordia, donde aun buscaban mis ojos la huella del cadalso del infortunado Luis XVI, los risueños y encantadores Campos Elíseos, poblados de teatritos y cafés cantantes, y pasamos por el gigantesco arco de la Estrella, una de las maravillas de París: recorrimos en seguida la avenida de la Emperatriz, y penetramos en el bosque por sus abiertas puertas de hierro y bronce.

Solo para que juzgueis, siquiera sea ligeramente de la estension del bosque, os diré que al ardiente trote de nuestro caballo—que pasaba en su carrera á muchos soberbios troncos—tardamos en atravesar parte de él, para llegar al sitio de las carreras, casi una hora; una hora corriendo entre inmensas arboledas, bajo un cielo diáfano y azul, y entre los penetrantes perfumes que aquellos bosques exhalan en mayo.

Nos apeamos en la barrera y penetramos en el recinto.

Es una inmensa esplanada cercada por una valla: en el centro se halla la tribuna de la familia imperial: debajo se colocan los jueces del campo, á entrambos lados se hallan las tribunas para los espectadores: otros pasean por el terreno mismo, hasta que la aguda voz de la campana ordena el despejo.

Los hombres formaban diversos grupos; el Club tenia allí sus aristocráticos representantes que apostaban gruesas sumas, ya por un caballo, ya por otro: habia muchos ingleses, que conocian á todos los caballos y jockeys, que debian tomar parte, y que no eran los que mas cortos se quedaban en las apuestas.

Casi todos vestian de campo: pantalon y chaleco claro, corbata de colores vivos, y chaqués holgados.

Poco despues de estar yo admirando aquel espectáculo, que con ningun otro puede compararse, empezaron á llegar las señoras.

Una especie de deslumbramiento pasó por

mis ojos; tal era la rica armonía de los colores, la gracia risueña de los adornos que se desplegaban ante mi vista.

Sin embargo, las telas no eran ricas: aquel día hacian su exhibicion las telas de primavera, porque la elegancia de las damas parisien-ses consiste principalmente en la acertada eleccion de los trages para todas las ocasiones.

El glasé de un solo color, era el género predominante, ó mas bien, casi el único: ví subir á las tribunas de asientos mas caros, á dos bellísimas jóvenes seguidas de muchos caballeros: el traje de la una era de glasé azul de cielo, de larguísima cola; en la costura de cada paño de la falda, llevaba una pirámide de pasamanería azul tambien, que remataba por la parte inferior en seis borlitas de seda torcida.

El gaban era igual á la falda, corto por delante, y formando detrás una larga cola; en su derredor, se repetia el adorno de aquella: dos pirámides de pasamanería formaban las hombreras. El sombrero era blanco con ramos de pervincas y bridas azules; por detrás caian, desde la pegadura del bavolet, multitud de cintas azules, de dos centímetros de anchas, flotantes:

El traje de la otra jóven, era de glasé color de plata: estaba adornado, en la parte inferior de la falda, por un guipure negro ancho, que formaba ondas; cada una de estas, se hallaba sujeta por una rica flor de pasamanería: el gaban ó paletot era de la misma tela; estaba adornado de ondas en su derredor, y por la espalda caian dos anchas bandas de guipure: el sombrero era del todo blanco con largas ramas de follage, entre las que reia alguna campañilla rosada, con toda su gracia silvestre y virginal.

Aun miraba á estas dos elegantes jóvenes, cuando ví pasar ante mis ojos á algunas en pintoresco desorden: tres vestian preciosos trages blancos como la nieve, de esquisita alpaca inglesa, con pequeños paletots iguales: estos trages estaban orlados de una ancha tira de glasé azul, recortada en ondas, y estas guarnecidas de un flequillo azul: los sombreros eran blancos y azules, de crespon.

Descollando como un lirio entre un ramo de azucenas, iba otra señora jóven y graciosa, ataviada del modo mas elegante y mas distinguido.

Su traje era sencillísimo, y estaba hecho en glasé color de lila claro: la falda, muy larga, estaba cortada en su borde á picos un poco profundos pero de puntas redondeadas: estos picos estaban fuertemente orillados por un grueso vivo del mismo color.

La confeccion que completaba este traje, ern un gaban bastante holgado que terminaba por picos, del todo iguales á los de la falda; en

vez de ir flotante, estaba sujeto en el talle por un ancho cinturon que se anudaba por delante y caia en bandas hasta la rodilla: el bajo de las mangas, que eran estrechas, y jokey de las mismas, terminaban en picos del todo iguales: el sombrero era rosa con plumas del mismo color, sujetas por un broche de flores de los campos.

Otras dos damas llevaban vestidos de seda color de cuero muy claro, guarnecidos de un volante de encaje negro: para complemento, una pequeña rotonda de la misma tela, terminada por un doble volante de encaje negro.

Como se vé, el traje completo del mismo color es hoy lo que alcanza mas favor: esto es, á la par que de buen gusto, sencillo, pero dispendioso, puesto que para cada traje es indispensable tener sombrero y hasta calzado que armonice con el mismo.

Las carreras duraron tres horas en las que se disputaron cinco premios.

Ganó el primero de 2,000 francos, *Astrolabe*, del baron Daru.

El segundo de 3,000, *Royal-Navarre*, caballo del conde Lagrange.

El tercero de 10,000, *Bois-Rusel*, de Mr. Delamarre: este premio lo daba el Emperador.

El cuarto de 8,000, *Tambour-Battant*, propio del baron d'Auriol.

El quinto de 4,000, *Villafranca*, de la propiedad del conde de Lagrange.

Media hora despues, empleada en esperar que el *commissionnaire* buscara nuestro coche, rodábamos por las espaciosas calles del bosque: la tarde se habia nublado y caian algunas gotas de lluvia: ¿pero qué importaba esto? el aire exhalaba penetrantes perfumes: los árboles susurraban como dándonos su despedida: en el gran estanque las barquillas de recreo balanceaban sus blancas y graciosas velas: ocho filas de carruajes, todos abiertos, todos llenos de elegantes damas y de niños encantadores, todos dejando escapar nubes de seda y encajes, en vaporosos pliegues, llenaban poco despues la avenida de la Emperatriz: cada uno saludaba al pasar á sus amigos y cambiaba algunas palabras agradables, alguna mirada, alguna sonrisa: los cocheros, vestidos de gran librea, con las piernas cruzadas y luciendo sus medias de seda blanca, sujetaban lo posible los caballos, pues ninguno queria salir aun de aquel encantado recinto: los Campos Elíseos estaban llenos de espectadores y muchas amazonas salian á recibir á los que regresaban de las carreras: la gente de á pie, mucha de a cual se habia quedado en los cafés del camino, llenaba las calles de los lados conversando alegremente.

Por fin, al llegar á la Magdalena, la lluvia, que se habia contenido, arreció de repente: ca-

yeron todas las capuchas de los carruajes, los caballos se lanzaron al trote largo, y cada uno fué á buscar la comida de la tarde, sentándonos nosotros con mucho placer en la espléndida y bien servida de nuestro hotel.

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Núm. 1. Cuello de señora, bordado á punto de posta y soutache, sobre nansouk.

Núm. 2. Puño correspondiente.

Núm. 3. Punta para bordar un rico pañolón en aplicacion, sobre tul de Bruselas: (algodon núm. 50).

Núm. 4. Continuacion del dibujo para la cenefa del mismo: ocupa desde la letra A á la letra A.

Núm. 5. Punta superior ó que vuelve del pañolón: ocupa de la letra B á la letra B.

Núm. 6. Entredos de soutache y guipure sobre malla gruesa, para enagua de señora, ó guarnicion de peñador.

Núm. 7. Pañuelo á plumetis: despues de terminado, se guarnec con un encaje de Alençon.

Núm. 8. Tira á feston para almohadas, (algodon núm. 30.)

Núm. 9. Tira á punto de posta y minuto para guarnecer enaguas de niña (algodon flojo, números 24 y 26.)

Núm. 10. E, D, enlazadas, á plumetis para pañuelo.

Núm. 11. R, J, enlazadas para almohadas de batista.

Núm. 12. A, S, enlazadas á plumetis y punto de escala para sábanas.

Núm. 13. J, V, enlazadas á plumetis para pañuelo.

Núm. 14. M, G, enlazadas, para camisa de señora y de caballero.

Núm. 15. F, G, id., id.

Núm. 16. A, V, enlazadas, para servilletas.

Núm. 17. E, V, enlazadas, para paños de tocador.

Núm. 18. F, F, enlazadas, para pañuelo.

Núm. 19. E, V, cifra sencilla para servilletas usuales.

Núm. 20. Felicie, para pañuelo de batista, (algodon núm. 40.)

Núm. 21. Marie, letras góticas adornadas para pañuelo, (algodon núm. 60.)

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIA, 14.